

LA AURORA DE GALICIA.

PERIÓDICO DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

A LA JUVENTUD GALLEGA.

¡A vosotros jóvenes amables, que ansiosos de alcanzar el lauro destinado á adornar la frente del verdadero literato, del hombre científico, y del honrado y hábil artista, dirigís vuestros pasos hácia el elevado alcázar de la *sabiduría*; á vosotros consagramos la primera página de un periódico que principalmente por vosotros y para vosotros empieza hoy á ver la luz pública. En él vereis señalados como en un mapa, así el verdadero camino que conduce á la cumbre del *saber*, como los escollos, precipicios, y sendas tortuosas que pueden estraviaros, deteneros en la carrera, ó ser causa de que jamás podais arribar al término deseado.

Todos estamos obligados á promover el bien general, y debiendo ser vosotros algun día destinados por la Providencia á desempeñar en mayor escala tan sagrado deber, es preciso os prepareis de autemano para hacerlos dignos de tan importante mision. La religion y la patria tienen fija la vista en vosotros. Esperan y temen. Esperan un dichoso porvenir, si concluidos vuestros estudios os hallais adornados de conocimientos sólidos, de una moral pura, de costumbres sin tacha, y de una fé viva é ilustrada. Mas temen al mismo tiempo que al abandonar las aulas solo podais presentar al mundo el espectáculo de un corazon corrompido y esclavo de todas las pasiones, y un entendimiento cargado de peligrosas

utopias, y de errores muy trascendentales. En el primer caso ¡qué dias de gloria, de bienandanza y felicidad dareis á la religion y á la patria! En el segundo no tiene que esperar mas que luto, desolacion, ruinas y trastornos.

No hay que dudarlo. Vendrá un dia en que á muchos de vosotros se confiará la balanza de *Astrea*, otros se sentarán en los escaños del Congreso, otros ocuparán las sillas ministeriales y otros serán colocados en empleos de gran cuantía. Y si falta la ciencia, la moralidad y los sentimientos religiosos ¿qué freno contendrá al magistrado, para que deje de cometer injusticias, al encargado de la hacienda pública para que no malverse los caudales de la nacion, al legislador para que no formule leyes inicuas, y á los gobernantes para que no espidan órdenes tiránicas y opresoras, y no antepongan al mérito la amistad, el parentesco, y otras relaciones mas indecorosas?

Ved aquí, apreciables jóvenes, los resultados de una educacion descuidada, de una instruccion efimera, de la ignorancia del fin que debemos proponernos en nuestros estudios, de los medios de conseguirlo, y del modo de superar los obstáculos que á cada paso se nos ponen delante. Felices nosotros si acertamos á derramar algunos rayos de luz sobre tan interesante materia, y á inspiraros el amor de la verdad y de la virtud, odio implacable á las aberraciones del entendimiento y á los vicios que corrompen el corazon, enervan las potencias intelectuales y ponen al hombre al nivel de los brutos.

Aquel que enseña toda ciencia y toda verdad

nos ilumine á todos, bendiga vuestros estudios y os colme de bienes sólidos y permanentes.

DIARIO.

Memorias de Semana santa.

Domingo de Ramos : año de 1845.

Hace hoy poco mas de diez y ocho siglos que era un dia de regocijo para toda Jerusalem. Las calles de Solima apenas contenian el inmenso gentío que por todas partes se apresuraba á salir al encuentro al anunciado por los profetas. El desfallecido anciano, que ya no esperaba salir de su aposento mas que para el sepulcro de sus padres, se sentia entonces con vigor bastante para caminar un tiro de piedra fuera de la ciudad, con tal que tuviese la dicha de ver al Cristo que habia de descender al seno de Abraham. La religiosa madre con el fruto de su vientre en los brazos, cerraba impaciente las puertas de casa para correr á postrarse á las plantas del padre de los huérfanos. La tímida doncella se agitaba por ver al Nazareno de barba larga y blondo cabello, porque la dijieran sus amigas que heria de amor con sus concisas palabras llenas de ternura, bondad, misterio y unción. Los inquietos muchachos ya hacia mucho tiempo que subieran á los muros, árboles y collados para gritar al inmenso pueblo que venia el hijo de David; y todo Israel, loco de entusiasmo, llevaba apacibles ramos de Olivete, y lánguidas palmas de Faringe para recibir con solemnidad universal al prometido por Jeováh.

El hijo de los reyes no tardó en aparecer en el camino de Sion; pero ¡que gritos y que alegria! Hosanna, hosanna al que viene en el nombre de Dios, se oia por todas partes al mismo tiempo que llovian flores y se tendian mantos por donde habia de pasar el descendiente de Jacob. . . ¿Y qué pensaria Israel cuando vió que el Criador del cielo y la tierra, que el Mesias anhelado no venia en dorada carroza, ostentando grandeza y esplendor, ni traia en la diestra cetro de oro, ni en la cabeza corona de piedras preciosas? ¿Qué pensaría Israel cuando vió que el heredero del trono de Judá venia cabalgado en una humilde pollina? . . . *Alégrate sobremanera, hija de Sion; salta de gozo, hija de Jerusalem: vé ahí que viene á tí tu rey justo y salvador: viene con la mayor modestia, á caballo en una borrica con su pollino. Predicará la paz á las naciones, y su dominacion se extenderá de mar á mar, y hasta los últimos términos de la tierra,* dijo Zacarias 500

años antes de J. C. ¡Qué sorpresa para un pueblo insensato! y mas tarde ¡que desengaño para un mundo vano! ¿Y para que una corte pomposa y deslumbradora, si el hijo de Dios venia á enseñar á las generaciones de la tierra que el poderío del hombre pasa y se disipa como nube ligera? ¿Para que atavios lujosos que enfatúan el corazón humano, si la mision del Redentor era engrandecer la virtuosa pobreza, menospreciada y hollada por una opulencia avara é inhumana? ¿Para que ostentar grandeza mundana el rey de los ángeles, si los ojos que se cierran con la muerte no serian capaces de resistir la mas pequeña parte de su esplendor glorioso? Solo los monarcas de la tierra necesitan pompa y fuerza, porque no todos los hombres á quienes gobiernan tienen un corazón recto.

Predicará la paz á las naciones, y su imperio se extenderá de mar á mar y hasta los extremos de la tierra. . . Desde entonces ¡cuanta mudanza en las obras de los hombres! ¡cuantos soberbios imperios sepultados en el polvo! ¡cuantas ricas y florecientes ciudades convertidas en escombros! y si traigo á la memoria mas cercanos tiempos ¡que diferencia de una época á otra! ¡que mudanza de uno á otro año! y ¡que diversidad del dia de ayer al de hoy!

No olvidaré jamás la memoria de aquellos años en que por este tiempo iba á ver la fiesta de Ramos al templo de un convento de monjas situado á orillas del mar de mi pueblo. Entonces era inefable el gozo que mi alma sentia viendo aquellas graves ceremonias, realizadas por los místicos cánticos que las religiosas hacian resonar en las sagradas bóvedas de la iglesia. Una nube de oloroso incienso envolvía los sacerdotes como un celage glorioso: los cirios despedían rayos de luz sobre los altares, y el templo estaba lleno de gente piadosa y sencilla. Las laboriosas familias de aquellas cercanías, despues de aguardar con ansiedad este dia memorable, habian concurrido al santuario á meditar con fervoroso recogimiento en la pasion del Redentor. Innumerables muchachos llevaban palmas y ramos de olivo á imitacion de los niños de Jerusalem, y tal vez alguna delicada doncella de carácter dulce y corazón noble, de rodillas sobre el frio pavimento y sin volver los ojos á ningun ser humano, oraba al Señor para que le conservase sin mancha el pudor y la modestia, joyas las mas preciosas de la mujer. Ahora en esta iglesia ya no se celebran aquellas fiestas, ni en aquel convento habitan aque las monjas. Ahora el torpe soldado tal vez blasfema en el mismo claustro, en que la tímida hija de Clara elevaba al cielo sus plegarias por la paz de la España.

Hubo un dia en que un *miliciano nacional* con fusil al brazo y cubierta la cabeza con una gorra de cuartel, entregó un pliego cerrado á la

portera de aquel convento; aquel pliego podía ser fatal, porque en el momento que la abadesa lo leyó á sus hermanas, resonaron gritos de dolor, lamentos de desdicha, y súplicas á la Providencia. El *miliciano nacional* que no habia nacido para lastimar corazones delicados, se enternece con aquella triste escena, y enjugaba con un pañuelo blanco alguna lágrima que asomaba á sus ojos, contemplando que dentro de pocos dias ya no tendria el consuelo de escuchar á la caída de la tarde aquellos dulces cantares que derramaban la paz en su corazon agitado: ¿y pensaria entonces aquel *miliciano nacional* que ahora habia de consagrar estas líneas á las inocentes vírgenes que llenó de afliccion y amargura?

Cada vez nos convencemos mas de que nada hay duradero sobre la tierra. El amor se quiebra por la cosa mas trivial y pueril. Los lazos de la amistad se rompen por la corrupcion de los corazones. Los hermanos se desconocen por la mudanza de destinos. Lo único que puede permanecer inalterable, que es el cariño paternal, ese tambien nos falta, si la muerte nos arrebatara aquellos adorables seres, que nos asisten en nuestras enfermedades y nos consuelan en nuestras miserias: entonces forzoso es caminar solo por el mundo, sin tener con quien repartir nuestros dolores y alegrías: caminar solo, leyendo en nuestras memorias y desengaños, y por fin entregarse para siempre al que despues de un corto viage de resignacion, premia la bondad del justo con el descanso eterno.

José Maria Posada.

CARTA DE D. PASCUALITO,

*Cursante en Santiago, á su tio D. Severo,
literato de antaño.*

Tio y Sr. mio: recibí, aunque con algun atraso la que V. se ha servido escribirme, tan áspera y destemplada como esa montaña donde con tan mal gusto ha fijado su residencia. Se queja V. amargamente de que yo jóven *insensato* y *atolondrado* (así se esplica V.) haya tenido el loco atrevimiento de contribuir por mi parte á enarbolar la nueva bandera que unos jóvenes descosos de singularizarse, mal aconsejados, ó tal vez sin que nadie se lo aconsejase, desplegaron á la vista de un pueblo tan ilustrado y sensato.

Añade V. que en mal hora y mal dia se decidió á darme carrera en esta Universidad, puesto que de nada me han de servir las reglas y las lec-

ciones que me han dado profesores llenos de sabiduría y prudencia. En fin que lloraria toda su vida los crecidos gastos que ha hecho para proporcionarme una buena educacion literaria. No cesa de esclamar *ut quid perditio hæc?* ¿No fuera mejor emplear este dinero en obras de misericordia, que malgastarlo con un jóven que ignora ó desprecia toda regla, que abomina de las escuelas y maestros, y cree que para ser un grande hombre y escritor de fama, no se necesita mas que *delirar á su modo?* «Por amor de Dios, concluye V., y por el mucho que te tengo, te suplico abandones esa funesta bandera y te apartes de esa compañía de Orates, donde á no tomar otro rumbo, solo reinará el orgullo, la vanidad, la ignorancia, la incoherencia de ideas, el trastorno de todos los principios, todo con oprobio de la literatura.» Hasta aquí lo que V. me dice en su cáustica y desconsoladora carta.

Se necesita todo el cariño de sobrino y todo el respeto que tengo á sus canas, en lo que echará V. de ver que no me he pervertido tanto como á V. le parece; pues viviendo entre jóvenes, para quienes el respeto á los mayores es una de las preocupaciones de la sociedad vieja, yo no he olvidado el cuarto mandamiento de la ley de Dios y otras buenas máximas que aprendí cuando vivia al lado de V. y así repito, que el cariño y veneracion que V. me merece, no me permite dar una respuesta dura, que estuviese en consonancia con la carta de V., y así en estilo mas templado y con la moderacion posible, contestaré á sus observaciones con tanta solidez y claridad, que si no me engaño, aunque viejo y regañon, y casado con su parecer, se ha de declarar V. por nuestro pabellon y ya que no puede delirar como nosotros, pues este es un privilegio esclusivo de la juventud, ha de ser el mayor encomiador y panegirista de la *secta delirante*.

V. creará que la inscripcion de nuestra famosa bandera fué parto repentino de imaginaciones acaloradas, una improvisacion, una trastada, ó un golpe casual, ó un borron que por descuido cayó en el papel. Nada de eso: es el sazonado fruto de las continuas y profundas meditaciones en que mis sabios compañeros han consumido toda su larga vida: porque ha de saber V. que el que menos raya en los veinte y dos ó veinte y tres años. Es verdad que no son tantos como los del viejo Nestor, ó los de *Juan de los tiempos*, ó los que lleva andados de prisa y corriendo el *Judio errante*: pero equivalen bien á los sesenta de V. y otros que nunca supieron meditar sino á ciertas horas, y esto en la iglesia ó en alguna soledad, ó en algun otro lugar retirado.

Nosotros, representantes por que nos ha dado la gana, de la generacion escogida para conquistar el mundo por medio del pensamiento, y el laboreo del espíritu de anátesis, conocemos desde

luego la necesidad de engolfarnos primero en las más *hondas* meditaciones. Así lo hacemos día y noche, en medio del tráfigo del mundo; entre los humeantes y odoríferos aromas de los Cafés, en el teatro, en el paseo; y sobre todo cuando estamos ocupados en melífluos y espirituales coloquios con aquellos *angelitos*, que *bajan del cielo con coronas brillantes, esparciendo flores y repartiéndolo pesos*.

¿Qué es eso de pesos? me dirá V. ¿en el cielo se manejan pesos? ¿Hay allí también fábrica de moneda? Perdóne V. si le he engañado con una inocente superchería. He variado una letra, y resulta ser *pesos* lo que en el original es otra cosa. Porque acá para entre los dos y sin que lo sepan mis cofrades, protesto que por grande que sea la libertad de hablar y escribir, no me creo autorizado para salir de los términos de la decencia, y no puedo por mas esfuerzos que hago, librarme de una preocupacion que nos ha legado la sociedad vieja, á saber: que no todas las cosas se deben llamar por su nombre, si no se quiere faltar á la urbanidad y decoro, á los principios de moralidad, y al respeto que se debe al público; y que hay algunas que nunca se deben decir, por mas que para cubrir la suciedad se busquen palabras menos torpes y menos ofensivas del pudor.

Pero dejando esto aparte, volvamos á nuestra historia. Se engaña V. mucho si cree que en las visitas largas que hacemos á nuestras ninfas, solo tratamos de quemar incienso á estos idolillos y que perdemos el tiempo en hablar fruslerías. Tan lejos de eso, que entonces son mas intensas é interesantes las meditaciones, aunque interrumpidas de cuando en cuando con la lectura de algun trozo de una novelita, de una comedia de *Balguer*, ú otra obra análoga á la materia de la meditacion. Toda la reunion oye la lectura y medita se vuelve á leer y se vuelve á meditar.

No quisiera pensase V. que nos sirve de testo, ó de puntos de meditacion lo que se escribió en el siglo XVIII. ¡Oh! no. Aquel siglo ha caido en desprecio, porque no supo comprender que Jesucristo, si no fué mas que un filósofo, fué el mayor de todos los filósofos, y que su Evangelio es un *catecismo político*, ó á lo menos el *prólogo* de la moderna civilizacion. Y así es imperdonable el pecado *filosófico* que cometió el patriarca de *Ferney*, cuando dijo: *Ecrassez l'infame*. Lo bueno que V. llamaria máximas, lo que ha legado aquel siglo, lo tenemos depurado y limpio en los escritos de *Suè*, *Dumas*, *Hugo*, y otros portastandartes de la *novísima literatura*.

Considere V. ahora que cúmulo de riquezas literarias habremos atesorado en nuestra memoria, que de imágenes brillantes, que para buscarlas no hemos tenido necesidad de *esplotar* la rica é inagotable mina de la naturaleza; porque nos

dan este trabajo hecho nuestros autores. Los mismos nos suministran hasta con profusion conceptos sublimes, y derraman en nuestros entendimientos raudales de sabiduría.

Provistos mis ilustres colaboradores y yo. . . Punto aquí, mientras revelo á V. un secreto que no quisiera llegase á los oidos de mis compañeros, y es que estos me han honrado con el título de su *colaborador*, aunque nada trabajo para su periódico, únicamente con el fin de que suene mayor número de *delirantes* de los que son en realidad. Hecha esta revelacion en confianza y sin que lo sepa la tierra, digo, que provistos á poca costa de tan inmensos y esquisitos materiales, dotados por otra parte de un *entendimiento lozano*, de una fantasía abrasada con un fuego tan violento, que si no se descargase de cuando en cuando por el cañon de la pluma, reventaria rompiendo el cráneo y abriéndose paso por alguna de las *gibas*, que un discípulo del Dr. Gall no dejaria de hallar en nuestros cerebros; y finalmente de un despejo y desembarazo, que V. tal vez llamaria descaro y desvergüenza. Con tantos dones, prendas, y adminículos ¿qué dificultad podrá presentarse en toda la literatura, que no abordemos, allanemos y vencamos? ¿Qué necesidad tendremos de *reglas, escuelas y maestros*, para dar á luz obras inmortales, dignas de los hijos predilectos de Apolo y Minerva?

No se me amostace V., mi buen tio. Bien sé que esto mismo que acabo de decir es la piedra de escándalo en que tropiezan y caen de hocicos V. y otros literatos que debieran haber nacido en tiempo del rey Argantonio, ó de los tres Geriones. Supersticiosos observantes de las reglas, apasionados por sus escuelas y en extremo adictos á lo que aprendieron de sus maestros, no aciertan á dar un paso en poesia, en elocuencia, ni en género alguno de literatura, sin ir midiendo con el compás todos los pensamientos y todas las palabras, añadiendo aquí, cercenando allí, encadenando la imaginacion, aprisionando el entendimiento y obligándoles á caminar por un carril estrecho y embarazoso.

No, no es este el sendero que conduce al templo de la inmortalidad, el verdadero camino es el que siguen estos espíritus privilegiados, estos genios monstruos que con la existencia recibieron de la naturaleza el gérmen de todo lo bello, de todo lo sublime, la facultad de crear y producir obras maestras, sin mas diligencia que soltar la rienda á su imaginacion, lanzarse con ímpetu en la carrera, y volar por encima de los estorbos, que detienen y trastornan á los espíritus medianos.

No le parezca á V. tan absurdo ni tan irracional nuestro sistema. Está fundado en una verdad, que aunque no con todas sus consecuencias, cuenta muchos siglos de antigüedad. Es una de

aquellas que cuando *el mundo de Homero se hundió y se sumergió la Eneida, quedaron flutuando sobre las aguas, y pasado el cataclismo, las hemos recogido nosotros* y con nuestro *laboreo* han adquirido mas brillo, mas expansion; pues sacamos de ellas consecuencias que jamás pudieron ocurrir á nuestros abuelos y ni tampoco á nosotros, si no nos las sugiriese nuestro *demonio familiar*, que como otro ángel de guarda nos acompaña á todas partes, y aun se puede decir que nos lleva la pluma cuando escribimos. Veamos ahora cual es esta verdad, y cuales sus consecuencias.

Nadie ha dudado hasta ahora que para hacer una composicion poética, oratoria ó de otro cualquier género, es preciso evitar la sujecion *servil* á las reglas, porque esta cortaria los vuelos al ingenio, apagaria los fuegos de la imaginacion, y haria que las composiciones fuesen frias y raquí-ticas. Hasta aquí estamos todos acordes; pero nosotros adelantamos mas y discurrimos de esta manera: si perjudica algunas veces la observancia las de reglas, aprendidas en las escuelas de boca de nuestros maestros ó de cualquier modo que sea, debemos inferir que para que nunca hagan daño, es conveniente y aun necesario olvidarlas, si se saben, ó ignorarlas, como afortunadamente nos sucede á nosotros.

Ya sé que VV. confiesan que las reglas no sirven para crear bellezas, sino para evitar defectos. Pero esto no es exacto. Los literatos de antaño reputan como defectos sustanciales de la composicion, por ejemplo, el desórden y la incoherencia de ideas, las contradicciones y otras menudencias que ya tendrá buen cuidado de sacarlas á la vergüenza. Pero ademas de que nosotros estamos prontos á sostener en el *paleo de la discusion*, que esos cacareados defectos no lo son, mientras no llega el caso de esta polémica, me contento con decir: sean enhorabuena defectos, y cuéntense á centenares en nuestros escritos: todos deben disimularse al verlos compensados con los bellos rasgos que no puede menos de producir una imaginacion libre, febril y delirante.

Oiga V. otra prueba no menos convincente que la anterior de la inutilidad de las reglas, escuelas y maestros. Hallándome por casualidad en una reunion de literatos, como ya sabe V. que tengo buena memoria, recuerdo que se disputaba entre ellos á cual de los dos príncipes de la poesía debía darse la preferencia. Unos se decidieron por el griego, otros por el romano. Pero casi todos convinieron en que el padre de la epopeya tiene mas bellezas; el Mantuano menos defectos. Y esto ¿en qué consiste? en que Homero, dijo uno, sin reglas ni modelos con solo su ingenio, que no quiero llamar *genio* porque me lo reprueba el gramatikon Capmany, se elevó sobre todo lo terreno, voló

á la mansion de los dioses, asistió á sus congresos, bebió el néctar divino y fué el intérprete de los inmortales. El poeta latino se sujetó á las reglas, y ajustó su poema al modelo que tenia delante, al mismo Homero, así como á Teócrito en las bucólicas. Culto, pero tímido, no parece sino que de propósito encogia las alas de su ingenio para no elevarse mas que hasta cierta altura; y así es su poesía tan simétrica y compasada.

Este dictámen tuvo pocos ó ningun voto á su favor, porque decian en lenguaje escolástico que procedia bajo un supuesto falso, pues hubo autores de poemas épicos antes de Homero, y aun el mismo cita algunas que le sirvieron de modelos y entre otros Creofilo su maestro, de quien aprendió las reglas.

Al llegar aquí, aunque yo era un jovencillo y mas ignorante que jóven, me tomé la libertad de hacerles una observacion. Me parece, les dije, que con el calor de la disputa no advierten VV. que han incurrido en una contradiccion *palpitante*. Si Homero observó las reglas y estas sirven para evitar todos los defectos ¿como encuentran VV. tantos en la Iliada y en la Odisea? ¿A qué decirnos con Horacio: *indignor quando bonus dormitat Homerus?* «Me irrita cuando el buen Homero se descuida ó duerme.»

Igualmente ha errado uno de VV. en decir (fanfarronada española) que Lope de Vega hubiera sido el mayor poeta del mundo si ajustara sus composiciones á las reglas del arte. ¿Pues no acabamos de oír que compuso un arte poética y que sabia las reglas cual ninguno? Y como podrían dejar de dirigir su pluma aun á pesar suyo? Esto, esto y no otra cosa fué lo que le privó del primer asiento en el Parnaso.

Nosotros tenemos la gran ventaja de no haber estudiado las reglas; y así no hay que temer nos salgan al paso á detener el vuelo de nuestros *ligerisimos* ingenios. Emancipados y libres de toda traba y de todo freno, nada hay que pueda retardar nuestros impetuosos arranques. Habrá en hora buena en nuestras composiciones faltas de órden y de simétricas proporciones, obscuridad, confusion, saltos como el de Alvarado, y demas defectos que VV. nos achacan. Ya dejo atrás *formulado* sobre este punto el *reto* para una polémica. Mas porque dudo que haya literato alguno de la sociedad vieja que se atreva á medir su *tizona* con nuestros relucientes y bien templados aceros, espondré á V. levemente una reflexion que sin que admita réplica, convenza y demuestre que los que VV. llaman defectos, son lo mas bello y sublime de las composiciones.

¿Qué se pretende en estas? Imitar la naturaleza: luego si el desórden, la confusion, las desigualdades son lo que constituye principalmente lo bello, lo grande, lo sublime que hay en la *naturaleza*, lo mismo se debería decir de las obras

del arte, cuya perfeccion consiste en la esacta imitacion de aquella.

Ahora bien: «compare V., me dijo, el jardin
»mas bien arreglado por la mano del *hombre* con
»una selva ó una montaña, obras de la *creacion*.
»Allí vemos cuadros de flores, distribuidos con
»simetría, calles alineadas de árboles y de arbus-
»tos, senderos y caminos ya rectos, ya circulares,
»que se cruzan sin confundirse, adornos de toda
»especie, colocados cada uno en su correspon-
»diente lugar, ni mas arriba, ni mas abajo, ni
»mas á la izquierda ó á la derecha, que lo
»que prescribe el plan que se tiene adop-
»tado.

»Vuelva V. ahora la vista á las obras de la
»naturaleza. ¡Que espectáculo tan imponente! Una
»selva, que por la vejez que ostenta parece ser
»antidiluviana: ¿que vemos en ella? Arboles pró-
»ceros, mezclados con otros enanos ó pequeños
»arbustos, unos derechos, otros inclinados tron-
»cos encorbados sobre las corrientes de las aguas,
»cubiertos de yedra ó musgo, caminos enmara-
»ñados y sin salida, bóvedas sombrías y soleda-
»des espantosas. ¿Y las grandes montañas? ya se
»las vé esconder su nevada cima entre las nubes;
»ya se oye el ruido de un torrente que se preci-
»pita descuajando y arrastrando enormes peñas-
»cos, que esparcidos aquí y allí representan los
»descombros de una ciudad arruinada. Por inté-
»valos se observan grandes boquerones y el crá-
»ter de antiguos volcanes.»

No me negará V., querido tío, que estos ob-
jetos son grandiosos, magníficos, sublimes, y que
su mismo desórden, irregularidad y designalda-
des, son justamente lo que mas arrebató nuestra
admiracion. Pues ¿en qué erraremos nosotros
imitando la naturaleza?

Si todas estas razones no alcanzan á probar
la necesidad de emanciparnos de las reglas, es-
cuelas y maestros para componer obras que in-
mortalicen nuestros nombres, espero no se re-
sistirá V. á la fuerza de una prueba de hecho,
que vale mas que todas las teorías y razones. Lea
V. esas composiciones que le remito, productos
del sobresaliente ingenio de algunos de mis her-
menos literarios. Estoy seguro de que hallará
V. en ellas rasgos mas sublimes que los del Dios
de la poesía, versos mas finos y festivos que los
de Catulo, mas elocuencia que la de Marco Tu-
lio, pensamientos mas profundos que los de Tá-
cito, mas obscuridad que la de Góngora, y mas
misterios, aunque de diversa especie, que los del
Apocalipsis.

Creo que con lo dicho quedará V. plenamente
convencido y satisfecho; como yo lo estoy de ha-
ber defendido *tan bien* una causa *tan mala* en la
opinion de V. y segun el parecer (seamos francos)
de todo hombre sensato. Espero me volverá V.
á recibir en su gracia y que nunca abandonará

á este su *delirante*, pero no menos afectuoso so-
brino

Pascualito.

SOLEDADES.

¿Qué fruto saqué del mundo
Con mi mocedad perdida
Tantos años?
Leer con dolor profundo
En el libro de la vida
Desengaños.

Sin cuento raras escenas
En la sociedad se ofrecen
Cada día;
Unos presos con cadenas,
Y en los que prision merecen,
La ley fia.

Vimos lacayo menguado,
Hecho grave caballero:
El malsin
Adquirir con el dinero
Lo que virtud le ha negado
Por ruin.

Necios hacerse doctores:
Pagar bienes con agravios:
Los ingratos
Recibir triples favores,
Y criticar á los sabios
Mentecatos.

Miramos mugeres vanas
Tener sumá de amadores
Muy rendidos,
Y las de virtud galanas
Llorar por engañadores
Fementidos.

Hipócritas y embusteros
Las villas y las ciudades
Gobernando,
Mil trampas y falsedades
La Justicia por dineros
Ocultando.

Fortuna siempre mimosa
Con sórdidos avarientos
Siempre esquiva;
Inflexible y engañosa

Al de hidalgos sentimientos
Y alma altiva.

Tal vez escrito estará
En el libro del destino
Que los buenos
Atropellados acá
Vayan por ágríos caminos
De horror llenos.

Pero todo acabará,
Riquezas, honores vanos,
Juventud,
Vasallos y soberanos,
Todo se consumirá
En un estrecho ataud.

J. M. Posada.

DORADO GALVANICO.

1.º

Merced al celo del ilustrado catedrático de química, aplicada á las artes, D. Antonio Casares, Santiago ha sido el primer pueblo de España en donde tuvo acogida uno de los mayores descubrimientos de la época, el *arte de aplicar el oro, el platino, la plata, á otros metales menos preciosos, por medio de la pila eléctrica*, sin necesidad de recurrir al intermedio del mercurio, cuyas dañosas emanaciones tantas víctimas han hecho.

En el vecino reyno estaba decretado, tiempo habia, un premio considerable al que hiciese conocer el método de dorar sin necesidad del mercurio, tanta era la importancia que se daba al descubrimiento. De la Rive, profesor de Génova, ha merecido una parte de ese premio, la otra se ha distribuido entre Elkington y Ruolz, quienes en 1840 solicitaron separadamente privilegio para explotar sus procedimientos de *dorado galvánico*, que aplican hoy con una perfeccion admirable á todos los casos. Con ellos doran todos los metales todas las formas, con todos los matices y en todos los espesores, nada dejan que desear; así ofrecen al comercio el atumbagado color de Alemania, como el oro verde ó el amarillo; así un hermoso mate, como el resplandeciente pulido.

La industria ha adquirido un dorado sano, fácil, económico, el *dorado galvánico*; la pila eléctrica, tan fecunda en aplicaciones importan-

tes, como poderosa en fuerzas activas, es actualmente el único medio de dorar, y no solo de dorar sino tambien de platear, platinar, cobrear, estañar, zinguear, y en suma, de aplicar un metal, una aleacion ó un óxido dado, sobre otro metal, ó sobre otro cuerpo cualquiera no metálico, pero dispuesto antes, por medio de una especie de metalizacion, á recibir la capa con que la electricidad de la pila le cubre. Nuestros plateros, nuestros bronceistas, y aun gentes estrañas á estos artes, pero aficionados á ellas ó á lo maravilloso, donde quiera que se presente, manejan hoy facilmente la pila, y disponen á su arbitrio de los poderes encerrados en tan simple aparato, y cubren por su medio de oro ó de plata multitud de objetos, y tal vez se ensayan en nuevos descubrimientos que la ciencia les ofrece, ó la casualidad les presenta. . .

Manejan la pila, hemos dicho; pero no hemos querido decir que la manejan con un conocimiento tan completo como se precisa para obtener todos los resultados que ella puede dar, para llegar á los hermosos productos obtenidos por los Ruolz y los Elkington. Sin embargo de los repetidos esfuerzos del ilustre catedrático á quien deben los santiagueses este notable adelanto, que ciertamente no es el primero que les concede desde que está al frente de la cátedra de química aplicada á las artes; nuestros artifices manejan la pila como otros muchos instrumentos, usan de la electricidad como de tantos otros medios, sin comprender en la mayor parte lo mismo que hacen, ó á lo menos sin comprenderlo en toda aquella estension precisa para que sean capaces de obviar dificultades, de perfeccionar métodos, de adquirir prácticas eficaces. No es estraño que así sea; las cátedras de química aplicada á las artes, á las cuales la industria española ha de deber una gran parte de su esplendor, no han dado todavia los frutos que deben dar, porque no todas tienen á su frente profesores como el Sr. Casares, ni el Gobierno las ha atendido aun como merecen, ni todos los artifices han concurrido todavia á ellas á cambiar sus rancias manipulaciones por otras perfeccionadas por la ciencia, que es la esperiencia universal. Por otra parte en una época en que el interes privado mata al amor del bien público, y los privilegios sirven de tupido velo á los nuevos procedimientos; en una época en que cada uno que descubre algo, lo descubre solo para sí, se encuentran tantos vacios que llenar cuando se publica cualquier método, cuando una invencion pasa al dominio público, que cuesta pocos menos sacrificios, pocos menos ensayos, pocos menos aburrimientos el adquirir la nueva práctica que el inventarla, y muchas veces en último resultado cada uno de los que la admitieron viene á obtener lo que los inventores obtienen, por un método distinto, y tal vez, tal vez en cada taller, en cada

laboratorio aparece su método particular tan rodeado de misterios como lo había sido el primero, y tanto menos perfecto cuanto mas necesita de lo que de perfecto tienen los otros métodos sus hermanos.

Lo cierto es que cualquiera que sea el motivo, ya ignorancia ó descuido de las manipulaciones, y ignorancia ó poco caso de los principios y circunstancias de ellas, el dorado galvánico, que tan conocidas ventajas promete y con tanto entusiasmo fué acogido, lejos de subir gradualmente á la perfeccion, decae, y con tal rapidez, que tememos no llegar á tiempo de detener su descrédito, al que contribuye mas que nada, es necesario decirlo, la mezquindad de los doradores, que posponiendo la duracion al buen color, y el buen color á la ganancia, se contentan con dar átomos de oro á la misma pieza que antes daban adarmes. Queriéndolo todo, se esponen á perderlo todo, se esponen á perder el trabajo de que viven, ó á verse obligados á volver al mercurio, que solo les dará trabajo ó costa de la vida.

No quiera Dios que tal suceda, que el mercurio llene otra vez con sus vapores venenosos el taller del dorador. La pila es el áncora de salvacion, ¿por que no agarrarse á ella con todos sus bríos? La pila no puede faltarnos si aprendeis bien lo que es y lo que puede; si os falta es porque os faltan conocimientos: la pila no obedece á la ignorancia. Para que de una vez os decidais, me propongo unir mis conocimientos en esta materia y mi propia experiencia á lo que os tiene enseñado el Sr. Casares, á lo que han dicho Elsner, Smée, Becquerel, etc., y en una serie de artículos tan claros como sea posible, recapitularos lo que es indispensable sepais: espero me leereis con atencion. . . .

J. M. Gil.

MOVIMIENTO INDUSTRIAL.

¿Qué esperanzas podemos concebir? La industria de Galicia yacia dormida; ya despierta: no ha podido conservar su sueño en una época en que los ruidosos movimientos de millares de ruedas, el continuo martillar de los mazos, el rechinar de los cilindros, el crujir de los émbolos empujados por el vapor, y tantos otros ruidos estrafios, estrepitosos, atronadores, llenan la Europa de confusion, y de productos apetecidos tanto por el lujo refinado como por la necesidad apremiante. Tampoco era posible que dejase de sentir, aun dormida, el hambre que hoy aqueja al que no busca pan con el trabajo, y no ya con el trabajo de sus manos, con el sudor de su rostro, sino con el trabajo de las mas ingeniosas combinaciones mecánicas, con el poder de un grueso capital em-

pleado en hierro fundido. El espíritu de asociacion que anidó un dia en los pantanos de Batavia, ha enviado sus hijos hácia uno y otro confin, han volado con todos los vientos; alguno había de venir á criar entre el Eume y el Miño, alguno había de venir á despertar á la dormida con sus encantadores gorgoros. La industria de Galicia ha despertado: hay espíritu de asociacion entre nosotros, aunque no es todavia el ave galana que arrastra en pos de sí absortos á los demas pájaros, como al mecerse en los aires el cernícalo atrae los revoloteadores vencejos.

Hoy nos limitaremos á indicar los progresos de la industria compostelana, y aun eso muy por alto, porque no tenemos mas sitio; ya lo haremos en adelante por mejor y nos estenderemos á todo el reino. Arriba hemos dicho que el dorado galvánico era arte usual á nuestros plateros y bronceistas; la cátedra de química aplicada á las artes es cada dia mas concurrida, e-ta interesante ciencia se hace popular; las fabricas de fósforos trabajan mejor y mas barato que en la Corte; aumentan las de curtidos y su suela es mas y mas buscada, se ha introducido ya en alguna de ellas el *dividivi*; parece que en breve nos proporcionará papel confiuo el Sr. Fontan, á quien ya Galicia debe una exacta y minuciosa carta topográfica que tanto ansiamos circule dentro y fuera del país; el Sr. Botana ofreció al público otra litografía; en el ex-convento de S. Agustin hemos visto una naciente fábrica dando hermosos resultados con lana gallega; en Laraño se establece otra de paños, bien montada y que con el tiempo no tendrá que surtirse de las lanas de Castilla; estos dias se ha anunciado una nueva tintoreria, para la cual se admiten encargos en la Rua nueva en casa del Sr. Caula; en el Cármen de abajo veremos aparecer pronto una fábrica de jabon; con la vista de las mechas incombustibles de amianto, que han estado de venta estos dias en la Rua del villar, nos prometemos que algun ingenio aproveche utilmente las vetas de e. e mineral que se ramifican en la serpentina de junto al Pico sagro. Despues de esto y de lo que callamos ahora por falta de espacio, no nos será permitido repetir de nuevo ¿Qué esperanzas podemos concebir?—J. M. G.

La Posdata anuncia al *Porvenir* su próxima muerte, y dice que la *Aurora* asistirá á sus funerales con una *linterna sorda*. Consuelese el dicho periódico, porque tal vez á la *Aurora* le está guardada igual suerte. Pero hay esta diferencia, que el *Porvenir* morirá *suicidado*; pero la *Aurora* si muere, será por falta de alimento, de hambre, muerte en sentir de Sancho Panza *adminiculaz y pésima*.

NUM. 1.º—MAYO 8.—1843.

DIRECTOR DR. D. IÑIGO GARCIA JIMENEZ.

SANTIAGO: Imprenta de D. José Nuñez Castaño.